

LUZ ADJUNTA

BRAULIO ARENAS
(homenaje a Vicente Huidobro)

Luz adjunta (homenaje a Vicente Huidobro)
[texto impreso] / Braulio Arenas

1ª edición. Pequeño Dios Editores, 2014.
PDE-SP-12 / 40 páginas. 12,6 x 17,7 cm.

I.S.B.N.: 978-956-8558-23-9

© Braulio Arenas

© Pequeño Dios Editores

Nueva de Lyon 19, departamento 21

Providencia, Santiago de Chile

info@pequeñodios.cl

www.pequeñodios.cl

Diseño portada e interior: María Fernanda Pizarro

Impreso en Chile / Salesianos Impresores S.A.

Primera edición 2.000 ejemplares

Santiago de Chile, septiembre de 2014

LUZ ADJUNTA

BRAULIO ARENAS
(homenaje a Vicente Huidobro)

Pequeño Dios Editores
SERIE POPULAR

CONTENIDO

| | |
|--------------------|----|
| <i>Biografia</i> | 9 |
| Luz Adjunta | 11 |



Braulio Arenas

(La Serena, 1913 – Santiago, 1988)

Creador del grupo Mandrágora. Le concedió los metales del norte chico a esa constelación que formó junto a Enrique Gómez-Correa, Teófilo Cid y Jorge Cáceres. Durante su inagotable vida publicó más de cuarenta libros entre poesía, novela, ensayo, dramaturgia y narraciones. *Luz adjunta* (1950) es su tercera obra luego de *El mundo y su doble* (1940) y *La mujer mnemotécnica* (1941).

Destacó también en la plástica con collages y grabados. Fue un tipo eminentemente local pero con proyección insospechada: en el departamento de André Bretón en la Rue Fontaine de París estaba colgada una pintura suya al pastel de mediano formato y en las librerías de Tokio se podía hallar su obra *El Castillo de Perth* traducida al japonés.

El Museo Nacional de Bellas Artes compró a fines de los sesenta su colección de papeles surrealistas. Hoy se puede navegar por ese archivo que habla por sí solo.

Arenas fue un “escritor para escritores” con identidad y mirada propia. Un tipo raro, grande, brillante y ajeno a los convencionalismos políticos.

En 1984 obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Para Pequeño Dios Editores es un honor y un lujo tenerlo en esta Serie Popular.

Luz Adjunta

a Manola

COMO el océano, él sentía la atracción insólita de los astros. Su sueño seguía el curso de las mareas, y siempre tuvo –en cuanto luz– una pronunciación de estrella.

Desde el instante de conocerte, yo supe, y con cuánta tristeza, que su sueño, tarde o temprano, despertaría en una realidad estelar, y que por mucho que sus manos acariciaran con amor las rosas del jardín, un día su signo luminoso le haría reconocer su constelación.

Tierra mía, tú despediste a quien creías tuyo para siempre, y entre lágrimas le viste partir.

Y son estas lágrimas de ternura las únicas que pueden formar, de nuevo, su rostro en ciertas noches.

Sin embargo, su estrella nos envía su luz y sigue nuestra conducta. Muchas veces, en el día claro, levanto mi mirada y veo su estrella, invisible acaso, pero de perfil luminoso para los ojos del recuerdo. Estrella como un pensamiento de diamante, estrella interior, tú escuchas a los niños que juegan en el jardín, oyes sus voces, sus cantos y sus risas.

Todo es familiar para ti. Todo lo que fue sueño y esperanza ahora es para ti realidad y evidencia.

Y miras el mundo con una sabiduría de astro. Saliste de tu perfección de poeta para entrar en tu perfección de luz.

Por ti sabemos ahora cuán sencillo es conseguir el resplandor del amor.

Y cuán difícil es torturarse en conseguir las tinieblas del odio.

¡Cómo los seres humanos corrompen sus vidas y se afanan día y noche en alcanzar esas tinieblas!

Triste destino el de ellos.

Si por cada año que malgastan en acumular odio y tiniebla emplearan sólo un instante en derramar amor y luz, ¡cuán perfecta sería la vida!

Tú lo sabes y sonríes como estrella.

Y besas como estrella los ojos claros de tu hija, a los cuales el llanto coronó con mayor hermosura.

Y rondas como estrella entre los árboles, susurras entre sus hojas, te haces color entre las

flores, palabra en nuestro silencio.

Y cantas como estrella en nuestro sueño, y
como espiga curiosa haces brotar el amor en el
erial monótono del mundo.

Eso fue tu poesía, el espejo intacto del amor.

PERO él tenía que reconocer su constelación.
Algunas noches, en el jardín bañado por las
estrellas, nos deteníamos a contemplar los astros
maravillosos, y la estrella de su frente se aprestaba
a volar. El espacio lo llamaba, un centelleante
fuego de espacio cruzaba sus pupilas.

Durante minutos él permanecía inmóvil, de
estrella a estrella.

El silencio cerraba su caracol marino en la
playa cercana.

El mundo estaba en suspenso.

Noches encantadas ya desaparecidas para
siempre, perdidas en la tristeza de otras noches.

Noches luminosas, la obscuridad en torno.
Sí, tarde o temprano iría hasta la constelación
que le era propia.

Pero nos negábamos a creerle cuando su voz
nos decía que eran esas las últimas palabras que
pronunciaba, sus últimos poemas, cuando sus
párpados nos aseguraban que dentro de poco
cerrarían para siempre sus miradas, cuando su
corazón latía para que escucháramos sus
últimos latidos.

SUBO por la colina que me lleva a su casa.
El cielo abierto del verano hace caer a la tierra
sus plumas multicolores.

Pero en un dormitorio en sombras, donde
si no fuera por un corazón que late todavía se
pensaría en la soledad. Alguien está entregado a
su propio trabajo.

El, en silencio, sigue el ritmo de una operación
maravillosa.

Este trabajo requiere una semipenumbra, un
estado crepuscular.

Días y días perseveraría en su labor, noches y
noches, hasta conseguir su Obra perfecta.

Y en ese instante todo era como un poema
suyo, su Obra terminada.

Yo leía en ella; mi corazón leía.

Con los ojos llenos de lágrimas, el océano
enviaba sus olas a la tierra para saber, minuto a
minuto, su agonía.

El océano estaba ahí. Desde una ventana yo le
contemplaba con ternura, pues comprendía su
dolor. Hasta mí llegaba el latido de su corazón,
y, torpe como un niño, yo confundía los movi-
mientos de ambos corazones.

Corazones unísonos.

El océano moría en cuanto océano, y él moría
en cuanto poeta.

Ambos se reintegraban.

Su Obra estaba ahí. En ese cuarto oscuro.

¿Podré encontrar las palabras para describir
mi alucinación?

En ese cuarto oscuro, alguien desarrollaba el
negativo de su existencia. De toda su existencia.

Cruzaban por ese cuarto oscuro los hálitos del
viaje, del dolor, del amor, de la poesía.

Y él trabajaba para llegar al fin de su Obra.

Tal vez para nosotros su trabajo resultara
penoso. Para él, no.

Un río desbordaba sus aguas en ese cuarto.
Un río grave y misterioso, lleno todo de las
canciones del mundo.

Lleno todo del canto de los pájaros que
descendían a él para beber.

Lleno todo del susurro de los árboles que
inclinaban su ramaje hacia las aguas.

Lleno todo de los objetos de la tierra y del cielo

que cayeron en él.

Y en ese cuarto oscuro, un grupo de seres inclinaban también sus rostros hacia ese río que iba a morir en su pecho.

Un grupo de seres.

De esos ojos que le veían por última vez caían lágrimas de ternura, para aumentar el caudal de ese río de ternura.

Y ese cuarto oscuro tenía una vibración de molino laborioso.

Era ese río, en el cual la visión del mundo se reproducía a cada instante (en esos últimos instantes); era ese río el que daba sus últimas aguas, sus últimos reflejos.

Y él trabajaba en su Obra.

Su visión del mundo se había hecho harina, y él forjaba su pan último, su último alimento. En ese pan el mundo entero tenía su migaja.

Ese pan era el resumen.

El mundo estaba en él: la noche y el día, el amor y el dolor, el viaje y la casa, el campo y la ciudad, la estrella y el océano.

Pronto, y esto lo presentíamos, el cuarto empezó a oscurecerse más y más. No podíamos ya distinguir las personas ni los objetos.

Sólo podíamos comprender que estábamos ahí porque el dolor común a todos así nos lo advertía.

El agua del río empezó a declinar lentamente, casi de un modo imperceptible para quienes no estuviesen atentos al menor entrechocar de sus ondas.

Y su corazón acompasado a ese ritmo bebía las

últimas gotas del agua de la vida.

Pronto el delgado hilo de agua empezó a hacerse más tenue aún, y el latido del corazón se hizo postrero.

Pero todo lo que el corazón perdía en latido, lo ganaba en luz.

Luz para siempre, para siempre adjunta.

HE subido a contemplar su tumba, y la luz
está en todas partes.

Desde lo alto, hasta donde alcanza la vista, el
océano se extiende. El océano viene a trazar un
círculo mágico en torno de este soñador.

Los campos siguen el ritmo de su espiga; el
océano, el ritmo de sus olas; el poeta, el ritmo
de su estrella.

Su tumba está ahí. Y en una circunferencia de
luz, el mundo la toca con su punta de arco iris.

El silencio está encantado. Toda su vida se ha
hecho silencio en el resumen de piedra de su tumba.

Él descansa.

Su Obra ha terminado.
Su Obra, su vida, su poesía.
El deseó esta tumba, él nos dijo: “Ahí quiero descansar”. Y con su mirada nos señaló la colina.
Tantas veces, desde esa misma colina, su pensamiento pudo decir:
“Esto es lo que quise cantar. Cantar el mundo con una entidad de océano. Cantar el cielo con una entidad de pájaro. Cantar el universo con una entidad de estrella. Cantar la vida con una entidad de hombre”.
Y así lo hizo.
Paz sobre su tumba.

NADA pudo en su contra la niebla vulgar
del rencor. Nada pudo. Él la atravesó siempre,
sonriendo; la disipó con un solo rayo.

¿Para qué recordar esa niebla que se estrelló
impotente contra el faro?

Toda la niebla ha quedado atrás. El sol orna el
diamante de su corazón con todas sus facetas.

Escuchemos el canto del océano de la luz, el cual,
eternamente, te rendirá el homenaje de sus olas.

Nada importa la niebla frente a tanta luz.

Los ojos claros de su hija (de aquella a la cual
la niebla en vano trató de cerrar la senda de sus
brazos; de aquella a la cual la niebla trató en

vano de herir porque ella tuvo el privilegio de estar a su lado en la última agonía del poeta; de aquella que hizo retirar la niebla avergonzada, con el solo acto de amor de bajar los párpados de su muerto adorado), los ojos claros de su hija se abren en la armonía magnífica de la gran piedad.

La niebla nada pudo.

Que la niebla se junte con la niebla, que la luz se junte con la luz.

Que la piedad sea reina. Y el rencor, esclavo.

Que el rencor se junte con el rencor, que el amor se reúna con el amor.

Que las estrellas de la poesía desciendan en pétalos sobre la tumba de mi amigo muerto.

VIBRAD, espejo celeste, ante el paso de
su imagen.

Océano, vibrad.

Muerte, aquí nada tienes que hacer.

RELEO en “Nord Sud” sus intervenciones poéticas. ¡Cuánta juventud, cuánto entusiasmo! Era el momento en el cual la poesía brotaba desde esas precarias páginas de 1917. Una generación de poetas vertía en ellas su primer calor. Pronto esta juventud hizo derretir la nieve.

Débil primero, en lucha con altas fortificaciones que impedían su paso, con un derrotero vacilante, pronto un hilo de agua empezó a brotar de lo alto de la montaña.

Débil primero, torrente impetuoso después. La poesía restablecía de nuevo su cauce, ganaba en anchura y en profundidad. Pronto la

poesía fue un río caudaloso.

Cuánto valor se requería para echarse a nadar en esas aguas. Y cuánta pericia para sortear los arrecifes. Cuánta para franquear los remolinos.

Y él nadó contra la corriente.

Río largo, largo, que atraviesas las llanuras de este siglo.

Río Poesía que haces fértil las regiones de fuego del espíritu.

En ti nadamos, en ti bebemos, en ti nos purificamos.

No tenemos orillas. Estas riberas en las cuales los seres humanos pretenden hallar asilo son para nosotros tan sólo márgenes ilusorios.

Yo te contemplo, río que llegas al océano en deltas innumerables de poetas.

Tú has llegado hasta aquí, hasta este cuarto oscuro, por derecho propio. Tú has refrescado la frente quemante de aquel que un día contribuyó a derretir la nieve desde la cual naciste. De aquel que te amó hasta su último minuto.

Río. Poesía.

Su corazón se ha apagado, y un sordo dolor te sobrecoge. Te encerraste en ti mismo, en tus propias aguas, como en un manto que nada reflejara, para llorar más solo.

Los árboles se inclinaron sobre tu rostro eterno para contemplarse en ti, para ensalzar, como todos los días, la policromía de su follaje. El molino te pidió el movimiento de su pan. La aurora quiso saber por ti si había dejado de ser noche. El sol quiso probar en tus aguas la

fortaleza de sus colores. Las aves, el orgullo de su vuelo. Los pastores, el traje de fiesta de su lana agreste. La poesía, su sed eterna, su tránsito continuo.

Pero tú, río, Poesía, nada dijiste a nadie. Replegado en ti mismo, te hiciste subterráneo, te interiorizaste, lloraste como río a aquel que te cantó como hombre.

Nada dijiste. Nada reflejaste.

¿Cómo podías responder a tu paisaje idéntico, si en un cuarto oscuro yacía, mudo, tu nadador perfecto?

Nada dijiste. Nada al sol y al molino. Nada al árbol, nada a la aurora. Nada por un instante, nada a la poesía.

Nada reflejaste. ¿Qué podían reflejar tus aguas sino tus lágrimas?

Sí, tus lágrimas. Cómo las comprendo, yo que entonces lloré por la primera vez. Sé que la vida, de ahora en adelante, no me evitará el menor dolor. Y vi en tus ojos de río mis lágrimas de hombre. Mi vida futura y todo lo que se enterró de mi vida en esa tumba. Y por mis ojos lloraron los poetas la muerte de un poeta.

Silencio luminoso.

SU obra canta en el corazón del Universo. Ella se despliega como la vía láctea del encanto. En las noches, el cielo estrellado es como un papel donde se grabara su mejor poema. Alquimista, él sabía combinar los astros y expresar su luz.

Definitivamente, el Universo le pertenece. Su Obra está ahí.

Él ha dado fin a su obra.

SÍ, es el fin, pero no en una medida humana, no en una trayectoria de vida y muerte. Es el Fin, es a lo que el poeta se destina. El Fin que se expande en círculos cada vez más amplios.

Nosotros tal vez podamos decir el Fin, pero las ondas irradian de él, van prolongándose en ondas por la eternidad.

Y el ámbito de este Fin se hace inmenso, tanto, que conseguirá tocar el límite misterioso del Principio. Y desde este Principio, las ondas retornarán, enriquecidas a nosotros. Y entonces fin y principio mezclarán sus gargantas en un único canto.

La luz en todo. Distintos amores se levantarán sobre el mismo amor. Distintas aves surcarán el mismo cielo. Distintos meridianos anunciarán el mismo tiempo.

Una última mirada, en fin, sobre su tumba. Que nuestra frente toque en su piedra los últimos sueños del poeta.

Una última mirada, en fin, a su océano que late como un poema recién nacido.

Todo lo que perdemos lo ganamos en luz.

Pequeño Dios Editores

DE LA MISMA SERIE

- | | |
|---|---------------------|
| 1. <i>El Espejo de Agua y Ecuatorial</i> | Vicente Huidobro |
| 2. <i>Entre Dientes</i> | Rodolfo Alonso |
| 3. <i>Perro de Circo</i> | Juan Cameron |
| 4. <i>El Hombre Invertido</i> | Mauricio Barrientos |
| 5. <i>La Novela Terrígena</i> | Mario Verdugo |
| 6/7. <i>Azul...</i> | Rubén Darío |
| 8. <i>Ahora, Mientras Danzamos</i> | Soledad Fariña |
| 9. <i>El Derrumbe de Occidente</i> | Claudio Giaconi |
| 10. <i>El Imperio de la Inocencia</i> | Santiago Azar |
| 11. <i>Me Miran a la Cara</i> | Juan Sánchez Peláez |
| 12. <i>Luz Adjunta</i> | Braulio Arenas |
| 13. <i>René o La Mecánica Celeste</i> | Jorge Cáceres |
| 14. <i>Canciones para una Banda de Rock</i> | Piero Montebruno |
| 15. <i>La Fauna del Cielo</i> | Tito Valenzuela |